La celebración de la Santa Misa en nuestra familia

El beato Juan Pablo II en su encíclica ECCLESIA DE EUCHARISTIA, escribe: "*La Eucaristía se nos ha dado, para que nuestra vida, como la de María, ¡sea toda un magnificat*!".

Sabemos que para acercarnos a estos profundos pensamientos nosotros como familia debemos amar la Santa Misa, amar a Jesús que está presente a través de su Palabra y que se concede a nosotros en la forma del pan y el vino, entrando en comunión con el hombre.

Estamos casados desde hace 15 años y desde el principio de nuestro matrimonio hemos tratado de crear unidad entre nosotros y profundizar nuestra relación con Dios. Cada domingo para nosotros es un día especial de la semana: un día de fiesta. Con alegría experimentamos que las palabras de Jesús: "aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" se convierten en maravillosamente verdaderas durante la Santa Misa.

Para hacer que cada domingo sea un día especial intentamos prepararnos realizando todas las tareas con antelación: el sábado limpiamos la casa, hacemos la compra, fregamos y preparamos las tartas. También recordamos a nuestros hijos que hagan los deberes el día de antes y tratamos de organizar todo el día de forma que el domingo sea posible concentrarse en Dios, además de estar con la familia y reunirse con amigos. Hubo un momento de nuestra vida en el que entendimos cuál era la tarea más importante para nosotros como padres, y era transmitir la fe a nuestros hijos, basándonos en la Biblia y dando buen ejemplo en la vida cotidiana.

Para nosotros no hay nada más importante que participar en la Santa Misa el domingo para encontrar a Jesús nuestro Señor y es por esto que hemos acostumbrado a nuestros hijos a celebrar el Día del Señor. Algo muy importante que nos prepara para la Santa Misa es la meditación de la Palabra antes de la Eucaristía. Todos los domingos, después del desayuno, invito a mis hijos (sobre todo a los más grandes) a leer juntos la Sagrada Escritura. Después de leer reflexionamos sobre lo que hemos escuchado e intentamos entender lo que el Señor quiere decirnos ese día. Hago preguntas diferentes adecuadas a cada uno de mis hijos: Szymek, el más pequeño (6 años) dice lo que recuerda de la lectura, mientras que los más grandes, Bartek y Julia, intentan enlazar algunos detalles del Evangelio a sus vidas. Yo los animo a recordar estas palabras y a tratar de ponerlas en práctica.

De este modo esperamos que nuestros hijos se acuerden de la Palabra de Dios. Además, leer la Biblia antes de la misa les ayuda a entender y a estar más abiertos durante la Eucaristía. También recuerdo a mis hijos el propósito por el que rezaremos durante la Eucaristía. Preferimos ir a la Misa para los niños, de forma que el sermón sea adecuado para su edad. Las palabras que escuchan les ayudan a conocer

mejor a Jesús, su amor por Él se hace más profundo, deseando imitarlo.

Una vez en casa después de la Misa discutimos sobre el sermón, de manera que las palabras permanezcan más tiempo en nuestros corazones, compartimos nuestras reflexiones y discutimos sobre las consideraciones que nos han parecido más importantes.

Durante los 15 años de nuestro matrimonio, a veces hemos pasado algunos momentos difíciles, pero nada nos ha mantenido alejados de la Misa dominical. Cuando yo estaba de viaje por trabajo o cuando los hijos estaban enfermos mi esposa les pedía a nuestros amigos o familiares que se quedaran con ellos durante una hora mientras ella iba a la iglesia. Cuando estamos de vacaciones normalmente el sábado nos informamos de dónde está la iglesia y a qué hora es posible ir a misa. Estos factores externos no han sido nunca un problema si los comparamos con el de la resistencia de nuestros hijos a participar en la Eucaristía. Somos conscientes de que la Santa Misa es el Misterio de la Fe, y que cada uno de nosotros necesita toda una vida para llegar a este Misterio. Así que lo que tratamos de hacer es explicar a nuestros hijos que en la iglesia está Jesús y que los está esperando, que Él los ama mucho y siente su ausencia. A veces intentamos utilizar otras comparaciones tomadas de la vida cotidiana, de forma que los niños puedan entender que hay un Amor que los espera. Sin embargo, a veces, ninguna de estas explicaciones funciona, y entonces les recordamos el tercer mandamiento: "Acuérdate de santificar el día del Señor" y que no hay nada más importante que escuchar a nuestro Señor. Nosotros vamos a misa y vosotros venís con nosotros.

Hubo un periodo en el que uno de nuestros hijos, antes de su Primera Comunión, era muy rebelde y no quería ir a la iglesia. Entonces decidimos ponerlo frente a las consecuencias de su comportamiento y le dijimos que "si no quieres ir a la iglesia significa que no estás preparado para recibir a Jesús en tu corazón, si tú no quieres encontrarlo yendo a su casa aplazaremos tu Primera Comunión hasta que estés preparado". Pueden fácilmente imaginar lo que mi hijo decidió al final.

En nuestros corazones hemos deseado siempre ir a Misa juntos, toda la familia, pero desgraciadamente esto no siempre fue posible. Hubo un periodo de nuestra vida en el que nuestros hijos eran muy absorbentes y no podíamos estar completamente con Dios en nuestros pensamientos, dado que teníamos que pensar en el más pequeño que quería conocer todo lo que le rodeaba. Así que decidimos ir a misa por separado, cosa que sufrimos como la pérdida de algo importante, era como estar al lado de alguien sin llegar a estar realmente con él. Por eso tomamos esta decisión; después de algún tiempo intentamos ir a la iglesia con toda la familia y cuando vimos que nuestros hijos ya no molestaban ni a nosotros ni a los demás decidimos ir a Misa juntos, cosa que continúa todavía hoy . Llevamos al Señor a nuestra familia, nuestra vida cotidiana. Le entregamos nuestras alegrías y preocupaciones, y creemos que cada situación difícil puede transformarse en algo bueno.

Durante la Eucaristía nos alimentamos de la Palabra de Dios, palabra que nos trae amor, que dura para siempre. En la Comunión recibimos el cuerpo de Jesús, que fue crucificado por nosotros. Cuando vamos a Misa nos encontramos con Dios y con otras personas de esa comunidad que es la Iglesia.

Luchamos siempre para poder participar plenamente en la Eucaristía. Intentamos vivir en estado de gracia, hacemos diariamente examen de conciencia y nos confesamos todos los meses: todo esto es muy importante para poder participar plenamente en la Eucaristía. Queremos ser un buen ejemplo para nuestros hijos porque consideramos que esto los convenza de la gran importancia que tiene participar en la Santa Misa. Además, ellos también se acuerdan de confesarse cada mes y desean que Jesús entre en sus corazones. Estamos en deuda con Él por todo lo que poseemos, que es más importante en nuestro matrimonio y en nuestra familia, por Jesús que está vivo en la Santa Eucaristía. Él alimenta nuestras almas con amor y fuerza y nos ayuda a ser buenos, a amar y a perdonar. A partir de la Eucaristía aprendemos a criar a nuestros hijos con amor y por amor. Dejemos que Dios nos cambie, cuando volvamos atrás la mirada, podremos ver cuántos milagros ha hecho en nosotros y para nosotros.

Salimos de la iglesia con Jesús en nuestros corazones, con la bendición de Dios Omnipotente en nuestra vida cotidiana y tratamos de continuar esta celebración incluso en nuestra propia casa, poniendo la mesa - el lugar donde comemos y hablamos - de una forma especial. Cuidamos el domingo porque es un día especial para Dios, para la familia, para los parientes y amigos.

Jesús que está dentro de nosotros nos permite crear comunión con las demás personas.